

LIBROS

Rafael Rojas

LA HISTORIA COMO ARMA. LOS INTELCTUALES
LATINOAMERICANOS Y LA GUERRA FRÍA

Aurelio Asiain

MUY DIVERSAS VERSIONES

Paloma Ullacia

Altolaguirre
EL AUSENTE

Sergei Lebedev

THE LADY OF THE MINE

Marta Lamas y Rodrigo Parrini (coords.)

NOSTALGIA DE MONSIVÁIS

Humberto Beck

INSURRECCIÓN, ANARQUÍA, REVOLUCIÓN: UNA ANATOMÍA
POLÍTICA DEL INSTANTE

HISTORIA INTELECTUAL

Crónica de una batalla perdida

por **Malva Flores**



Rafael Rojas
LA HISTORIA COMO ARMA.
LOS INTELCTUALES
LATINOAMERICANOS
Y LA GUERRA FRÍA
México, Siglo XXI, 2025,
168 pp.

La historia como arma es parte de una trilogía que incluye *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría* (2018) y *Combates por la historia en la Guerra Fría latinoamericana* (2024). Con diversas fuentes y focos de interés, los tres giran alrededor de un mismo asunto: la postura de distintos actores de la vida intelectual durante un periodo histórico determinado —con énfasis en Cuba y México, pero sobre toda América Latina— y responden a un interés central en el trabajo y, seguramente, la vida de Rojas: conocer qué fue lo que pasó en su país de origen y en su país de acogida en el pasado, para así explicarse y

explicarnos también el presente. Habrá quien, leyendo alguno de estos títulos —el segundo de los cuales estudia las polémicas historiográficas sobre esa cuestión en el siglo xx—, lamente la exclusión de algún grupo en las pesquisas, pero no debe perderse de vista que son parte de un engranaje mayor que ha querido abarcar todas las esferas intelectuales de un periodo que define así en *Combates por la historia*: “Se entiende por Guerra Fría al periodo que arranca en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y desemboca en la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS.” Hay quien asegura que la Guerra Fría dio comienzo cuando el senador McCarthy denunció a varios funcionarios norteamericanos de ser espías soviéticos, o cuando, previamente, Whittaker Chambers acusó a Alger Hiss —uno de los fundadores de la ONU y exfuncionario del gobierno norteamericano— de ser también espía de la URSS y aportó las pruebas correspondientes. Ambos habían sido miembros secretos del Partido Comunista norteamericano.

Independientemente del momento preciso en que dio comienzo la

Guerra Fría o el contexto que incluye, por supuesto, la construcción de la bomba atómica soviética, el triunfo de Mao en China ese mismo año o la Guerra de Corea, entre muchos otros acontecimientos, a Rojas le interesa lo que ocurrió en América Latina tanto en el campo intelectual o propio de la militancia, pero también en la cultura popular del continente, y considera que algunas de las dinámicas, reflejos y prácticas de la Guerra Fría pueden extenderse en nuestra región hasta nuestros días.

Dividido en nueve breves capítulos, Rojas centra su atención en el “latinoamericanismo”, la importancia del prefijo *latino*, sus mutaciones teóricas y políticas y pone en el escenario otro tipo de revolución: la de las ideas. Lo mismo atiende la imagen de la región en *New Left Review*, o el latinoamericanismo soviético (ampliación de un capítulo homónimo en *Combates por la historia*), que sigue los pasos de esos nombres que, en mi juventud escolar, me fueron impuestos como lecturas obligatorias: Marta Harnecker y Eduardo Galeano, más Vânia Bambirra, quienes constituirían, con Ángel Rama,

los autores de cierto tipo de “ensayo social”, encumbrado por la izquierda latinoamericana como la ruta segura –y casi única– de interpretación, pese a sus diferencias o divergencias, bien expuestas por Rojas. De ellos, y quizá por mi desconocimiento de Bambirra –a quien ahora deberé leer– o mi sincero repelús por Harnecker, me resultó en verdad iluminadora la lectura sobre las ideas del mestizaje en Galeano y Fernández Retamar. Pero hay otro aspecto que me interesa aún más. En 1971 –año decisivo para la historia cultural del siglo pasado latinoamericano– aparecieron *Las venas abiertas de América Latina*, *Todo Calibán* y la segunda edición de *Corriente alterna*. Ni Galeano ni Fernández Retamar –quien muy seguramente conoció el libro de Paz, pues el mexicano no solo se lo recomendó para entender sus ideas sobre el porvenir de América Latina y la democracia, sino que prometió enviárselo– mencionan ese libro del poeta. No tendrían por qué hacerlo, pero es justamente ese tipo de ausencias las que se me revelan con toda claridad en el libro de Rojas, no como un defecto, sino como una fotografía, pero también como un síntoma del tiempo que recoge y también de su deriva.

Cuando, ya entrado este siglo, intenté realizar un doctorado con un estudio sobre el proceso de la revelación poética en Elsa Cross y José Luis Rivas, mi protocolo fue rechazado porque en mi bibliografía y en mi escrito aparecían Eliot y muy claramente *El arco y la lira* de Paz. “Esa lectura no puede ser parte del corpus teórico –me dijeron–. Ese libro ya fue superado.” Habrá a quien le sorprenda que el libro de Rojas no contemple a los grandes escritores latinoamericanos que en el siglo xx propusieron lecturas del cuerpo literario hispanoamericano porque no establecieron una “teoría” explícita –aunque Reyes me desmentiría– o porque leyeron la literatura como un organismo vivo y no como pretexto para el establecimiento de “metodologías”. Esa otra tradición del pensamiento ha sido

sistemáticamente desdeñada y oculta bajo el peso de una concepción hegemónica –aunque se sorprendan sus oficiantes– de los estudios literarios que se olvidó, irónicamente, de la literatura. Hoy mismo, el posgrado de la institución donde laboro está “articulado” desde la perspectiva de Ángel Rama y apenas hace unos días debí defender el protocolo de un estudiante que deseaba estudiar las ideas estéticas de Fuentes, que fueron juzgadas por los colegas como “anquilosadas”. Lamento traer a cuento asuntos propios del claustro, pero es que justamente el libro de Rojas evidencia la batalla que, en la interpretación de la literatura, perdieron los escritores frente a los “teóricos” y los profesores.

“La teoría como *casus belli*” se llama el capítulo que Rojas dedica al momento –fechado entre las décadas de los sesenta y setenta– cuando ocurrió la disputa intelectual “por el estatuto de la teoría literaria latinoamericana” y que, por obvias razones, es importante para mí. En él, y junto con el capítulo dedicado a Ángel Rama, Rojas expone el nacimiento y auge de ideas acerca de lo literario que aún hoy perviven. En el relato de esa batalla –que inicialmente giró alrededor del tipo de teoría “que merecía la literatura latinoamericana” y que procuraba una construcción “verdaderamente marxista-leninista”– aparecen, como en todo el libro, las posturas de las distintas revistas –aquí, sobre todo, *Criterios* y *Casa de las Américas*, o de su director, Roberto Fernández Retamar y su *Calibán*– y la interpretación de la literatura, ligada siempre a las ideas políticas que los actores defendían, hasta la muy interesante revisión de *La ciudad letrada* que no incluyó las ideas de Rama a propósito de la Revolución cubana debido a la muerte prematura de su autor. Rojas considera que, de haber podido hacerlo, “Rama habría tenido que girar sobre sus pasos y volver a narrar e interpretar la relación del proceso revolucionario con la intelectualidad latinoamericana”. Reconstruye así los cambios y decepción de Rama

alrededor de la Revolución con base, sobre todo, en su correspondencia con distintos personajes o sus artículos en *Marcha*. Es verdad que Rama criticó la actitud persecutoria del régimen cubano, sobre todo a partir del caso Padilla, pero no dejó de pensar que el uruguayo olvidó que él también había participado en la persecución contra *Mundo Nuevo* y los intelectuales afines a esa revista pocos años atrás.

La relación de la batalla por las ideas en torno a la teoría literaria hace que, entre otras razones, el libro de Rafael Rojas sea importante. Con la excepción de Alejo Carpentier y su “melancolía”, expone, por su ausencia, esa región de la crítica literaria, política, histórica y social, que ha sido víctima del silencio –o del “insustituible mexicanismo” *ninguneo*, según lo califica Fernández Retamar en *Todo Calibán*– y cuyo origen, en la historia de la cultura del siglo xx latinoamericano, Rojas muestra con claridad y pertinencia. ~

MALVA FLORES (Ciudad de México, 1961) es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. Su libro más reciente es *Manual para el crítico literario en emergencias* (Universidad Veracruzana/El Equilibrista, 2024).

POESÍA

Traducir no es traicionar

por Fabián Espejel



Aurelio Asiain
MUY DIVERSAS VERSIONES
Ciudad de México, Grano de Sal, 2025, 162 pp.

Al traducir poesía, hay dos conceptos en constante tensión: la *literalidad* y la *literariedad*. La atención de muchos traductores se ha centrado, y con justa razón, en el segundo. La literariedad ocurre en varios niveles –fonemas, léxico, sintaxis, ritmo,

rima, eficiencia— y en distintos grados —traslados inmediatos, adaptaciones o, incluso, reinversiones—, dependiendo del poema y del credo que profese cada traductor. Para traducir poesía, me parece, hay que ser poeta. Y un buen traductor —aunque no se dedique a escribir versos— es un poeta cuando logra que su traducción sea un poema y no solo un mensaje escrito en un código versificado dentro de un contexto: es decir, cuando cuida la literariedad con el mismo esmero y precisión que la comunicación pura y dura del mensaje. En términos desangelados, la literariedad de un texto podría definirse como una suma de efectos precisos —formados con palabras— destinados a la emoción y al intelecto de un lector. Es hora de darle las gracias al adagio “traduttore, traditore” y desterrar la nostalgia de “la traducción perfecta”. Si traducir es crear, lo que importa es cómo se crea.

Para el poeta Aurelio Asiain (Ciudad de México, 1960) es indispensable la literariedad al traducir poemas, como consta en su último libro *Muy diversas versiones*, que reúne traducciones de distintas latitudes, épocas y autores. Lo que comienza como una justificación sobre la traducción indirecta de varios textos (en sánscrito, griego antiguo, latín, kamasiano, pastún, vietnamita, coreano, chino y ucraniano) se vuelve un paseo mínimo —y una adscripción— por las traducciones indirectas en Occidente y su valor e importancia literaria. La selección de poemas es generosa e inteligente: conoce la seriedad y el humor, la ironía y la contundencia. Comienza con el cruce entre la oratoria —término creado por Pio Zirimu— y la literatura con el “Himno de las ranas” del *Rigveda*, y termina milenios después en el mismo cruce con versos del poeta y cantante ucraniano Serhiy Zhadán: una selección que va desde el siglo xv a. n. e. hasta nuestros días. Las traducciones están acompañadas por un comentario o breve ensayo:

impresiones o detalles acerca de las decisiones de traslado, contexto de los autores o los poemas escogidos y, en más de una ocasión, entrecruces con otros poemas. Destaco aquí el espléndido texto “La Santísima Trinidad”, en el que una traducción de Li Bai da pie a una filiación con Bashō, Paz, Tablada, la novela *Aura* y la canción “We three” de The Ink Spots.

A la manera de Gabriel Zaid, Asiain recoge poemas orales, como el único conocido de la ya extinta lengua kamasiana o un *landay* en pastún. Si bien aparecen poemas de autores fundamentales de Occidente —desde Aristófanes hasta Sharon Olds, pasando por Ovidio, Petrarca, Goethe, Hugo, Yeats y Heaney—, este libro propone una visión más amplia de la poesía con su selección de poetas de Oriente: se trata de un panorama personal, que establece una coexistencia de tiempos, idiomas y espacios, donde convergen temas o motivos entre los poemas. Por eso, en algunos textos, se unen a la “conversación” Kenneth Rexroth, José Juan Tablada u Octavio Paz, cuyo interés en la cultura asiática, particularmente la japonesa, es bien conocido.

La amplitud de zonas y lenguas (con énfasis en todos esos Orientes, siempre alejados por nuestra sed de Europa y Estados Unidos), la maestría de la versificación (adaptaciones métricas con preferencia por los heptasílabos y endecasílabos) y la decisión de rimar algunos poemas hacen que sea difícil escoger un único poema favorito. Sin embargo, la predominancia y variedad de poesía nipona —escrita en chino o en lengua vernácula—, en capítulos propios o entrecruzada con poetas de otros idiomas, es emocionante y quizá resuma la identidad del libro. El reciente —y merecidísimo— Premio Nobel a Han Kang es un mínimo recordatorio de que hay muchas otras posibilidades y formas de pensar y vivir la vida y, por ende, la literatura. ¿En qué se parecen o difieren

nuestras ideas de ser y mundo de lo que se ha escrito en mandarín, coreano, japonés, bengalí y un inmenso etcétera? La sanidad de una literatura también reside en las traducciones que llegan a ella.

Asiain —profesor universitario en Japón desde hace casi veinticinco años— es una de las mentes literarias más lúcidas para realizar una tarea así de difícil y necesaria. Publicó una versión al español del clásico *Centena de cien poetas* de Fujiwara no Teika (2015) y fue responsable de la edición, selección y prólogo del volumen *Japón en Octavio Paz* (2014). En el panorama literario de México, es uno de los autores con mayor sensibilidad y conocimiento para elaborar rutas de lectura de y sobre el país asiático (del mismo modo, sería imperdonable no mencionar el trabajo de Cristina Rascón, Yaxkin Melchy y Mar Palacios, entre otros). A partir de las traducciones indirectas, los lectores, traductores y escritores podemos asomarnos a otras literaturas y hacerlas nuestras. Traducir, nos recuerda Edith Grossman, ensancha y consolida las tradiciones literarias. En estas *Muy diversas versiones*, no obstante, hubiera sido maravilloso encontrar en la selección de poetas ucranianos a Lina Kostenko. Ojalá que Asiain nos conceda incluir a la gran poeta en la siguiente edición.

La historia de una literatura es también la historia de las traducciones que han entrado a (trans)formarla. El *Fausto* que tradujo Nerval le pertenece más a la literatura en francés que a la alemana y la Tsvietáieva que conocemos por Ancira es más nuestra que del Instituto Vinográdov. En México, el *poemario de traductor* —concepto acuñado por Luis Vicente de Aguinaga y Ángel Ortuño— ha consolidado su propia tradición a partir del siglo xx, que comenzó con *Jardines de Francia* (1915) de Enrique González Martínez, y ha dado otros ejemplos memorables en español (algunos más próximos a las

antologías) como *Versiones y diversiones* (1974) de Octavio Paz (cuyo título resuena en el libro de Asiain), *Seis poetas de lengua inglesa* (1976) de Isabel Fraire, *Aproximaciones* (1984) de José Emilio Pacheco, *Baile de máscaras* (1989) de Jaime García Terrés, *El traidor* (1994) de Miguel Covarrubias, *Baja traición* (2009) de Eduardo Lizalde, *Cuadernos del calígrafo* (2018) de Adolfo Castañón, *La locura divina* (2019) de Elsa Cross, *Poemas traducidos* (2022) de Gabriel Zaid y *Movimiento de traslación* (2023) de Francisco Serrano (mención especial merece el apartado de traducciones que Rosario Castellanos incluyó en *Poesía no eres tú* [1972]). Se trata de una lista sucinta e incompleta.

En la traducción, la línea entre lo propio y lo ajeno es a veces indiscernible. “Traducir —dice nuestro autor— es mi manera cotidiana de escribir, y aun cuando escribo mis propios poemas traduzco, aunque no sepa a qué original traiciono.” Por su virtud formal, por la amplitud de horizontes geográficos, por su aprehensión y comprensión de las poéticas escogidas y por el fino trazo y consistencia de una personalidad literaria —con sus gustos e inquietudes—, *Muy diversas versiones* de Aurelio Asiain es un poemario de traductor, estimulante y ejemplar, riguroso y reconfortante, que busca lectores que disfruten la poesía que ría y reflexione, que cante y guarde silencio. Este libro no solo propone y sugiere textos; deja con ganas de buscar autores nuevos y aún distantes, de que en cada lectura formemos nuestras propias constelaciones literarias para rehacerlas de nuevo. ¿Y no es ese el territorio de la poesía, el de las primeras veces? Por eso traducir no es traicionar. ~

FABIÁN ESPEJEL (Ciudad de México, 1995) es poeta y traductor. Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2023 y Premio Bellas Artes de Traducción Margarita Michelena 2024. Actualmente es jefe de redacción del *Periódico de Poesía* de la UNAM.

NOVELA

Las vicisitudes de los exiliados

por **Ana García Bergua**



Paloma Ulacia Altolaquirre
EL AUSENTE
Sevilla, Espuela de Plata,
2024, 320 pp.

Cuéntame algo o vete, nos decía José de la Colina a quienes lo visitábamos cuando ya era muy mayor. Pensé en esa frase al leer *El ausente*, la novela de Paloma Ulacia Altolaquirre (Ciudad de México, 1957). Y es que esta primera novela de quien es excelente pintora, poeta y nieta de los poetas Manuel Altolaquirre y Concha Méndez, exiliados en México, hace lo que los refugiados y sus descendientes no dejan (dejamos) de hacer: contar y recontar la historia de cada familia, de cada trayecto vital y geográfico. Ya Paloma Ulacia escribió un libro sobre las memorias de su abuela (*Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, 1990, 2018); en *El ausente* da vuelo a la imaginación y cuenta una historia ficticia que en realidad podría ser la de varios que conocemos: el pintor pamplonés Gabriel Pontones Ussía, heredero de una familia noble terrateniente, pintor de vanguardia en los años treinta, se ve obligado a pasar la guerra escondido en un sótano oscuro y salitroso; seis meses después de terminada esta, logra escapar a México y, como dice la novela, ya es un hombre roto que no se puede adaptar nunca al país de acogida. “A hombres como él, artistas talentosos como él, no les queda más remedio que resignarse a vivir como seres insignificantes en un país extranjero”, pues su hermano Nicolás, al recibir en España la fortuna familiar, decide declarar muerto a Gabriel y así

quedarse con todo, por lo que se niega a responder las numerosas cartas que este le envía. Así, el centro del relato es esta ruptura, este despojo de la tierra y la identidad que sumirá a Gabriel en una perpetua depresión y le impedirá ver y retratar los volcanes que lucen espléndidos desde su ventana. Pero en realidad la novela borda alrededor de sus descendientes: sus dos hijos, Pablo y Valentina —el primero pintor y diseñador; la segunda, maestra que añorará toda la vida su regreso a España con el título de marquesa de Ussía—, y su nieto Gabriel, un caso trágico de adicción a las drogas que destruye su vida y su salud mental al punto de llevarlo a cometer un acto terrible.

Así, Valentina, Pablo y su mujer, Teresa, lidian con las consecuencias de estas historias: para soportar la tragedia de su hijo, producto de un primer matrimonio, Pablo pasa veinte años cultivando el budismo y obligando a su familia al ascetismo, pero las noticias de la muerte de Gabriel en España lo obligan a hacer un viaje que les trastocará la vida a todos. Esto, digamos, es solo el principio de todas las historias que se narran en el libro: la de Teresa que abandonará a Pablo por un cantante de ópera, la de Faustino su peluquero gay español, la de su hija María, la de Valentina que al final será decisiva, la del psiquiatra también español al que decide acudir Pablo para tratarse, entre muchas historias de amores turbios que al final fracasan, lo cual no impide que los protagonistas sigan buscando la felicidad.

En medio de esta trama algo enloquecida, los personajes van contando sus historias y a la vez repasan las ya contadas y vividas varias veces. No pude evitar recordar al leer *El ausente* muchas sobremesas familiares donde las tragedias daban vueltas y llevaban a afirmaciones que las hacían cómicas. Quizá por eso la novela se anuncia en la contraportada como “una novela muy divertida sobre el resentimiento y el amor”. Y sí, las historias de amor

de esta novela son bastante enredadas: los celos de Teresa y su temor de tener un tumor en el cráneo, el amorío de Pablo con la amante argentina de su tío Nicolás, el homosexual alemán que abandona a su mujer por el peluquero, el recurso del budismo por parte de Pablo que se exagera en su renuncia a lo mundano para huir de la realidad: “Faustino había acompañado a Teresa y a María a la puerta del salón con el propósito de despedirse de ellas, pero le fue imposible, ya que entrados en detalles no podían dejar de hablar. María insistía en ahondar sobre el daño que el budismo hizo a su familia al reprimir el sufrimiento y la conversación. Dijo que la perspicacia y la ironía eran la base de la salud mental. Teresa quería saber si a sus años convenía usar un escote profundo...”.

Sería imposible sintetizar las historias de esta novela y por ello es recomendable leerla, pues resulta muy entretenida. Algo que se le puede reprochar es que los cambios de punto de vista de los narradores no ayudan a enfatizar esta variedad, pues el tono con el que hablan tanto los narradores como los personajes tiende a ser muy similar —en ello se pierde el editor, pues a veces deja de poner a bando lo que debería seguir la misma lógica que se ha establecido; si bien hay que señalar la bella edición, con un cuadro de la misma Paloma Ulacia en la portada— y a veces el lector equivoca la pista de quién está hablando. Ahora bien, esto no es forzosamente un error, pues este síndrome se dio mucho entre las familias de exiliados: siempre estar desenterrando la misma historia para darle la vuelta y tratar de entenderla.

Hasta ahora, no hay escrita mucha ficción sobre el exilio español en México; a botepronto evoco los libros de Simón Otaola, la novela de Jordi Soler (*Los rojos de ultramar*), *Tiempo de llorar* de María Luisa Elío, *La sombra del maguay*, de Pere Calders, o los cuentos de *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco* de Max Aub, entre otras. En su mayoría priva en ellas el

desarraigo, el rencor, la nostalgia y el humor agrisado. En ese sentido *El ausente* no queda lejos, excepto quizá porque en sus personajes el desarraigo es absoluto y buscado, aunque el viaje a España, la eterna fantasía del regreso de los exiliados, en el caso de los hermanos Pablo y Valentina tiene consecuencias más que imprevistas. ~

ANA GARCÍA BERGUA (Ciudad de México, 1960) es narradora y ensayista. Su libro más reciente es *La escalera eléctrica* (UANL, 2023).

NOVELA

La literatura como arma política

por **Jean Meyer**



Sergei Lebedev
THE LADY OF THE MINE
Traducción de
Antonina W. Bouis
Nueva York, New Vessel
Press, 2025, 240 pp.

Sergei Lebedev (Moscú, 1981), escritor ruso en exilio en Alemania, fue seleccionado por el Norsk Litteraturfestival en Lillehammer 2025, Noruega, para pronunciar la lectura inaugural. Escogió como tema “La literatura como arma política”, arma que emplea en cada una de sus novelas desde 2010. Geólogo de formación, con siete años de práctica en el Gran Norte ruso y en Asia Central, pasó de la exploración bajo la superficie a la del enterrado pasado soviético para poner frente al lector una historia que sus compatriotas no conocen o no quieren conocer. Quizá porque su tío abuelo fue una de las incontables víctimas del terror en tiempos de Stalin, su proyecto va más allá de la exploración del pasado y, según una declaración de 2024, puede resumirse así: “Nosotros, los rusos, somos los huérfanos de la Historia. Los rusos deben interrogarse sobre el regreso del gulag.” Libro tras libro,

vemos la catástrofe antropológica en la Unión Soviética y sus prolongaciones presentes.

Desde 2011 ha recibido premios en Rusia (hasta 2018) y en el mundo (hasta hoy); sus libros se han publicado y traducido en veintiún países. Empezó en 2010 con *El límite del olvido*, una investigación sobre el misterioso “otro abuelo”, el hombre que salvó la vida del narrador, cuando era un niño, y que resulta finalmente ser un agente del gulag. En 2014, publicó *El año del cometa*, una ampliación del libro anterior, sobre la infancia y la adolescencia en una URSS al borde de la desintegración. *Los hombres de agosto* (2016) cierra este ciclo con el *putsch* abortado de la vieja guardia en agosto de 1991, las esperanzas democráticas que pronto disipó la guerra de Chechenia. *El ganso Fritz* (2018) nos confronta a la historia, con una posible dimensión autobiográfica, de una familia con antepasados germánicos: otra investigación en la historia de Rusia y la definición de la identidad nacional. El escritor-geólogo visita panteones, desentierra osamentas... Una historia tan fascinante como siniestra.

El debutante (2020) inicia un nuevo ciclo que nos lleva a la Rusia contemporánea. El químico y profesor Kalitin, inventor de un veneno imposible de detectar, era muy apreciado por el KGB. Cuando se derrumbó la Unión Soviética, huye al Oeste, con el veneno en su pequeño neceser, y cambia de identidad. El veneno en la historia soviética y rusa, el veneno de la historia misma, es el tema de esta novela policiaca. Veinte años después, el teniente coronel del FSB/KGB, Shershnirov, recibe la orden de encontrarlo y matarlo con su propio veneno. En un pueblo checo, el viejo profesor espera al inevitable visitador y vive al ritmo de sus recuerdos, la infancia, la formación, la gloria, cuando experimentaba sus venenos sobre los presos... la caída. El teniente coronel rememora también sus campañas en Chechenia, en Siria... Dos figuras que

¿Quién teme a Carlos Monsiváis?

por **Carlos Rodríguez**



Marta Lamas y Rodrigo Parrini (coords.)
NOSTALGIA DE MONSIVÁIS
Ciudad de México,
Siglo XXI Editores, 2025,
376 pp.

se espejean. Una sola verdad permanente, la muerte. Conclusión: el mejor veneno es el miedo. La novela es paralela a la historia contemporánea de los envenenamientos en el extranjero, con el intento contra Víktor Yúshchenko, candidato a la presidencia de Ucrania, en 2004, con la muerte de Aleksandr Litvinenko en Inglaterra en 2006 y la casi muerte de Alekséi Navalni el 20 agosto de 2020. La novela en ruso salió de la imprenta en noviembre de 2020... El autor estaba ya fuera de Rusia.

La dama blanca —publicada en ruso en 2024 y este año en inglés con el título de *The lady of the mine*— nos recuerda que la guerra de Rusia contra Ucrania empezó en 2014. El subtítulo del libro reza “Cinco días en julio de 2014”, cuando “por error” los separatistas de Donetsk, armados por los rusos con un lanzamisiles tierra-aire, tumban un Boeing 777 de Malaysia Airlines, el MAS 17, con 283 pasajeros y 15 miembros de tripulación. En la novela, el general ruso Mikhail Stepanovich Korol, veterano del KGB que había trabajado en Donetsk treinta años antes, reprimiendo a los mineros en huelga, y ahora parte del FSB, es el responsable de “limpiar” el error. Error que le recuerda al de 1983, cuando los soviéticos derribaron el vuelo civil coreano KAL 007, un Boeing 747. *Bis repetita*. Recuerda también cuando le tocó “limpiar” el desastre de la escuela número 1 de Beslán, secuestrada por terroristas chechenos y “liberada” más tarde por las fuerzas de seguridad al costo de 334 muertos, de los cuales 186 eran niños.

El otro eje de la novela es el Pozo $\frac{3}{4}$, una maravilla de ingeniería, condenado y sellado en 1945. Contiene un secreto, conocido de todos en el pueblo de la provincia de Donetsk, pero ignorado del resto del mundo: en 1941, cuando los nazis ocuparon Ucrania, masacraron a los judíos de la región y tiraron sus cuerpos al pozo de la mina de carbón. ¿Por qué lo sellaron las autoridades soviéticas, en lugar de publicitar los crímenes alemanes,

como en el caso de Babi Yar (Kiev)? Porque, debajo de los judíos, se amontonan varias capas geológicas, sedimentadas cronológicamente por la violencia del Estado: en 1929 con el proceso de los ingenieros mineros, la liquidación de los intelectuales ucranianos, de los comunistas nacionalistas ucranianos, luego la hambruna de 1932-1933 (*Holodomor*), el gran Terror de 1937-1938. Los judíos habían sido los últimos, pero...

Nazis y soviéticos estuvieron aliados de agosto 1939 hasta junio de 1941. Usaron el mismo pozo. Que el lector saque su personal conclusión. O rechace la de Sergei Lebedev cuando dice de los invasores de 2014: “Su brillante pelo rojo se había vuelto pardo. Aún no lo advertían pero se habían convertido en los que consideraban sus peores enemigos, a los que habían derrotado y aplastado: los nazis.” El propio general Korol se da cuenta, sin problema, cuando busca echarles la culpa a los ucranianos de la destrucción del MAS 17. Prepara un borrador que dice: “En el mismo lugar donde los fascistas alemanes cometieron un monstruoso crimen en 1942, los fascistas contemporáneos cometieron un nuevo crimen.” El narrador anota: “Escuchó con atención. Cometieron. Cometieron. Repetición. De hecho, toda la frase sonaba... sonaba ambivalente. El general se rio: se había delatado.”

En noviembre de 2022, Holanda condenó en ausencia a dos rusos y a un ucraniano implicados en el lanzamiento del misil con el material traído de Rusia y rápidamente sacado de Ucrania. En mayo de 2025, el Consejo de la ONU de la Organización de Aviación Civil Internacional (OACI) declaró a Rusia responsable del derribo del MAS 17. ~

JEAN MEYER es profesor e investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Su libro más reciente es *Una guerra ortodoxa. Rusia, Ucrania y la religión, 1988-2024* (Bonilla Artigas/CUCSH, 2024).

Aquel que no lo esperó afuera de su casa, confiado en que en algún momento le abriera la puerta, no fue amigo de Monsiváis. Tampoco quien no obtuvo largas y a veces silencio para recibir un texto que el escritor se había comprometido a entregar. Qué duda cabe de que Carlos Monsiváis fue el último intelectual popular de México. La gente sabía de él, incluso la que no leía sus libros, pero sí lo escuchaba en Radio Educación, donde tuvo un programa con Nancy Cárdenas, y lo veía en televisión y en revistas de gran



tiraje —¿alguien se acuerda de la portada de *Tele Guía* con Lucía Méndez?

En la cultura popular, que tanto fascinó a Monsi, dos personajes tenían opinión todoterreno. Muchos acudían a Carmen Salinas y a él para saber qué pensaban sobre casi cualquier cosa de interés público. Posiblemente la inimitable actriz le sacaba ventaja, pues Monsiváis, que, dicen, se sabía la Biblia de memoria, ignoraba todo del fútbol, su único déficit. A pesar de su presencia mediática y en eventos culturales, poca gente realmente llegó a conocerlo y muy pocos han destapado al personaje para mostrar a la persona.

A quince años de la muerte de Monsiváis (1938-2010), Marta Lamas y Rodrigo Parrini se propusieron compilar en un libro recuerdos y anécdotas de sus amigos más cercanos y también de gente que lo frecuentó: *Nostalgia de Monsiváis*. En sus páginas, un coro conformado por múltiples voces cuenta cómo influyó el autor de *Días de guardar* (1970) en sus vidas tanto personales como intelectuales. La encomienda es que el volumen sirva para que viejos conocidos y sobre todo un nuevo público lean a Monsiváis.

El libro apunta en varias direcciones. La mayoría de los convocados se preguntan ¿qué diría Monsiváis del presente? Es una cuestión interesante y, en efecto, de carácter nostálgico que echa de menos la lucidez, la gracia y la socarronería del escritor de la Portales, pero sobre todo la prestancia de su discurso habilidoso para analizar la realidad nacional, a veces con jiribilla y otras con un lenguaje tan barroco que hacía creer que había una gran brecha entre los intelectuales y su audiencia. Para bien o para mal, hoy ya no se percibe esa distancia. ¿Qué opinaría Monsi del reguetón, los memes y la 4T? Personalmente, estoy seguro de que vincularía el adjetivo “migajera”, ahora tan en boga, con el bolero, género musical del que era experto amante, y las tramas del cine mexicano de los años cuarenta y cincuenta, que conocía de pe a pa.

Las recurrencias de los autores insisten en el retrato reconocible de Monsi. Brillante, memorioso, irónico, personaje influyente en las élites política y cultural, solidario con las causas de la sociedad civil y, por supuesto, adorador de los gatos. Algunos hacen *zoom* en trazos más expresivos y sus aportes destacan del conjunto, que no traiciona sus intenciones originadas por la nostalgia. “Cualquier persona que hubiese concertado alguna vez una cita con Monsi, sabía a lo que se arriesgaba”, recuerda Jesusa Rodríguez, que se tronaba los dedos para que su amigo se decidiera a abrirle la puerta y llevarlo a la fiesta sorpresa por sus cincuenta años.

En apenas dos páginas magníficas, Margo Glantz lo compara con Pancho Villa para resaltar el mito de la omnipresencia de Monsiváis, ajonjolí de todos los moles. Igual que el Centauro del Norte, que según el relato “El sombrero” de Nellie Campobello aparecía y desaparecía como por ensalmo, Monsiváis “ya estaba allí” en cualquier lugar al mismo tiempo, dando conferencias en Tampico o Cambridge, arrebatando carcajadas al público en Yucatán o Buenos Aires. En su memoria, Glantz también lo retrata como un hombre que jamás lloró en público, “ni siquiera cuando murió su madre”, y que no aceptaba fácilmente las manifestaciones de cariño, aunque le gustaba sentirse adorado.

La añoranza a la que alude el libro quizá no solo lamente la ausencia de Monsiváis sino el fin de toda una época en la que intelectuales como él llevaban la voz cantante e influían en la vida social, cultural y política del país. Se trataba, por supuesto, de un escenario real y concreto dominado por los medios de comunicación tradicionales, ajeno a la fragmentación de presencias y opiniones que actualmente caracteriza a las redes sociales. Es difícil imaginar qué lugar tendría hoy un intelectual como Monsiváis, de habla ampulosa y a veces grandilocuente,

representante de una era de la que quedan pocos vestigios.

La característica casi inasible de la vida privada de Monsiváis siempre lo hizo más fascinante. Excavando en el misterio monsvaisiano, Carlos Martínez Assad entrega el texto más expresivo y elocuente del libro. El sociólogo e historiador recuerda que supo de Monsiváis antes siquiera de conocer su nombre. Por motivos de salud, cuando era niño Martínez Assad conoció al doctor Pascual Aceves, padre de Monsiváis, en Guanajuato. Pronto, el doctor, que coleccionaba pinturas de Hermenegildo Bustos y curiosas cajas de música, se hizo amigo de su familia.

Siempre reticente a hablar de él, Monsiváis, criado por su madre en el protestantismo, tuvo escaso contacto con su papá, hombre de formación católica. Una vez que Carlos Pascual Aceves Monsiváis, nombre completo del cronista —no hay que creerle a Wikipedia, advierte Martínez Assad—, y el académico entraron en contacto, el autor de *Amor perdido* (1977) le preguntó un par de veces por su padre. Quería saber detalles de su biblioteca y de su afán coleccionista, afición que curiosamente él también cultivó.

Este año, a la par de la presentación de *Nostalgia de Monsiváis*, se llevaron a cabo las Jornadas Monsivadianas, organizadas por Gabriel Santander y la UAM Azcapotzalco, que darán lugar a una publicación futura. Ahí participaron sus grandes amigas Elena Poniatowska y Marta Lamas, también su prima Beatriz Monsiváis, heredera de los derechos de su obra. En la mesa dedicada a su relación con la música, la radio, el cine y la diversidad sexual fuimos convocados los investigadores Pável Granados, Daniel Escoto, Ernesto Reséndiz Oikión, el cineasta Roberto Fiesco y yo mismo. Fue un intento por parte de Santander de aquilatar los aportes de Monsiváis a quince años de su muerte, más allá de la nostalgia.

Además de repasar y reflexionar sobre su obra, el encuentro dio pie a una pregunta importante, el reverso de la moneda de la insistente cuestión de qué diría Monsiváis del presente: ¿Quién lee a Monsiváis ahora? La respuesta no es clara. Por un lado, hay interés de los investigadores ya mencionados, pero parece que el gran ensayista está cayendo en un olvido paulatino. Es probable que el trabajo

de Monsiváis, que solo escribió una obra de ficción, *Nuevo catecismo para indios remisos* (1982), como cronista de hechos que ahora parecen muy lejanos lo ancle al pasado; hechos que, por otro lado, tienen mucho que decir del presente. Otra cosa es su labor como coleccionista, que el público conoce mejor por las exposiciones del Museo del Estanquillo que resguarda sus objetos. Quizás es momento de pensar

en nuevas estrategias para su rescate editorial. Quizás es demasiado pronto. Más volcado a la añoranza por Monsi, *Nostalgia de Monsiváis* echa en saco roto no lo que el escritor diría hoy sino lo que su figura todavía puede decirnos en el presente. Acaso esta última lectura podría darle un nuevo lugar a Monsiváis y su obra. ~

CARLOS RODRÍGUEZ es periodista cultural, crítico de cine y traductor literario.

LIBRO DEL MES

ENSAYO

Otra forma de entender la historia

por **Luis Xavier López-Farjeat**



Humberto Beck
**INSURRECCIÓN, ANARQUÍA,
REVOLUCIÓN: UNA ANATOMÍA
POLÍTICA DEL INSTANTE**
Ciudad de México, El Colegio de
México, 2025, 240 pp.

El 17 de diciembre de 2010 Mohamed Bouazizi, un vendedor ambulante tunecino, se inmoló como protesta por el decomiso de sus mercancías a manos de la policía. Ello desató la revuelta popular conocida como la “Primavera árabe”, primero en Túnez, al poco tiempo en otros países árabes como Egipto, Libia, Yemen, Siria, Bahréin, Argelia, Irak, Marruecos y algunos más. La gente salió a las calles protestando por la falta de derechos sociales y democráticos, exigiendo en algunos casos un cambio de régimen. Las consecuencias de las revueltas fueron muy distintas en cada país: en algunos casos fueron efectivas, en otras desastrosas. Lo sorprendente es que varios de estos gobiernos jamás pensaron que la inmolación de Bouazizi cambiaría para bien o para mal el curso de la historia en sus países. No puedo imaginar el grado de desesperación de alguien dispuesto a actuar de manera tan drástica. Imposible saber qué pasaría por su mente. Se trató de una acción espontánea, quizás irreflexiva, inesperada para los demás. La escena me vino a la cabeza a partir de la lectura del libro de Humberto Beck, un ensayo dedicado a explorar la “instantaneidad” entendida

como la experiencia de una ruptura repentina en el curso de los acontecimientos históricos. La noción de “instante” indica, en efecto, un punto temporal inesperado que súbitamente abre la posibilidad para un cambio radical.

No es el primer libro de Beck dedicado al “tiempo instantáneo”. En *The moment of rupture. Historical consciousness in interwar German thought* (2019), ya se había ocupado de los discursos de la instantaneidad en el periodo de entreguerras (1918-1940) en Europa. Este nuevo libro trata acerca del papel que el “presente instantáneo” ha desempeñado en el imaginario sobre el cambio político radical de la modernidad. El libro es una contribución importante para el mundo hispanohablante. Hasta donde sé no existía literatura en español al respecto. Es un tema tratado por algunos historiadores y filósofos de la historia alemanes y sajones y aun entre ellos no es tan frecuente. Por ello, Beck se ha propuesto, en sus propias palabras, una “tarea de rectificación política”. Afirma que se ha pasado por alto en las reflexiones sobre el pensamiento moderno el lugar tan determinante de la temporalidad instantánea en las ideas políticas.

La “instantaneidad” no es en realidad un concepto nuevo. Filosóficamente refiere a un acontecimiento único y singular centrado en el ahora y que resulta un punto de inflexión. En este sentido, como lo hace ver Beck, la instantaneidad en términos históricos se opone a una visión de la historia entendida como una cadena causal continua o evolutiva. El “instante” ha sido explorado por varios filósofos. Kierkegaard, por ejemplo, lo entiende como una experiencia existencial en la que un individuo debe tomar una decisión crucial que puede llevarle a la autenticidad o la desesperación. Para Heidegger es un momento revelador y decisivo en el que se abre la posibilidad para que el *Dasein* se apropie de su existencia. Walter Benjamin lo ve como un momento cargado de significado capaz de romper con la continuidad del tiempo histórico. El concepto de “instante” o “instantaneidad” está por muchos lados. Lo novedoso de este libro es la conexión de una noción proveniente de la filosofía de la historia con las transformaciones políticas.

Beck construye lo que denomina una “retórica del tiempo instantáneo” a través de la exploración de lo que considera tres figuras representativas de la noción de ruptura repentina en el pensamiento político moderno: insurrección, anarquía y revolución. Lo que estas tres figuras tienen en común es que detonan cambios políticos.

En su larga introducción al libro, Beck dedica algunas líneas a discutir las distintas definiciones de “instante” e “instantaneidad”. Su disquisición es valiosa. Hace ver, por ejemplo, que el instante carece de duración, es tan fugaz que parece atemporal. En efecto, si recordamos de nuevo la inmolación de Bouazizi, podremos darnos cuenta de que aquello sucede en un abrir y cerrar de ojos. El instante parece alterar nuestra percepción del tiempo precisamente porque irrumpe en la continuidad. El instantaneísmo rechaza las visiones teleológicas o providencialistas de la historia y confía en que la espontaneidad de las masas, grupos e individuos puede en cualquier momento y de manera inesperada generar un cambio rotundo.

Una de las varias propuestas de Beck a lo largo del libro es asimilar la instantaneidad como un “motivo” de la historia de las ideas manifestándose en tres niveles: como concepto, discurso y régimen de historicidad. El concepto tiene su origen en ideas filosóficas y teológicas identificables desde Platón y san Pablo. Los discursos muestran el modo en que se articuló la concepción instantánea de la experiencia temporal. La autoconciencia histórica de la Revolución francesa sería, por ejemplo, según Beck, un ejemplo discursivo. El régimen de historicidad se refiere a periodos históricos en los que el instante se volvió una forma primordial de experimentar el tiempo a nivel colectivo. Explica Beck que los discursos sobre la instantaneidad pueden surgir bajo cualquier régimen de historicidad moderno.

Los discursos sobre la instantaneidad de los que él se ocupa abarcan el insurreccionismo de Jean-Paul Marat y Gracchus Babeuf, el voluntarismo revolucionario de Louis-Auguste Blanqui, el anarquismo de Bakunin, el sindicalismo revolucionario de Sorel, el espontaneísmo de Rosa Luxemburgo y el activismo decisionista de Lenin. De la mano de estos autores, ubicados en el periodo histórico que

abarca de la Revolución francesa a la sofocación del levantamiento espartaquista en Berlín, Beck dibuja a lo largo de tres capítulos la anatomía política del instante desde la insurrección, la anarquía y la revolución. La insurrección se manifiesta en momentos de revuelta, muy a menudo cargados de violencia simbólica o física, que pueden generar cambios en las estructuras sociales y políticas, pero también en la forma de concebir la historia. La insurrección abre la posibilidad de un cambio. Pero es eso, mera potencialidad. En algunos casos acelera los cambios de manera exitosa, en otros los retrasa. Puede ser que en algunos casos resulte en un estancamiento. De cualquier forma, lo importante es que rompe con el pasado, altera el presente y abre posibilidades futuras. El anarquismo, en términos generales, rechaza la idea de progreso lineal y la autoridad inherente al Estado. A cambio, apuesta por la libertad individual y la organización colectiva. Bakunin, por ejemplo, piensa que la acción directa, la insurrección, la revolución, han de irrumpir en el curso de la historia detonando no solo un cambio político, sino derribando el determinismo histórico marxista. La revolución, por último, es también un quiebre con la concepción lineal de la historia. Se entiende como un momento transformativo que, si bien implica violencia, sustituye un régimen político. Veo que cada una de estas figuras abre futuros inciertos. Por ello, al dar paso a lo repentino, lo inesperado, lo indeterminado, descomponen las visiones historicistas y su idea de un proceso temporal continuo.

El libro es muy estimulante para repensar tanto nuestra idea general de la historia como nuestras concepciones y experiencias de la temporalidad. Beck añade, después de las conclusiones, un epílogo en donde sostiene que en la actualidad la intersección entre política y tecnología ha ocasionado un retorno a la instantaneidad en la esfera pública: la vuelta a la amenaza nuclear, la “singularidad” y la IA, los desafíos de la desigualdad económica, la crisis climática, han ido dando lugar a movimientos cuya retórica incita a una acción radical en el ahora. ~

LUIS XAVIER LÓPEZ-FARJEAT es doctor en filosofía por la Universidad de Navarra. En 2021, Routledge publicó su libro *Classical Islamic philosophy. A thematic introduction*.

